

130 millones de ladrillos de adobe cocidos al sol del trópico y que ha sido bautizada con el nombre de «Huaca del Sol» a causa del culto al que posiblemente se la había consagrado. Sus 23 metros de altura parecen modestos, pero su base es de cien metros de lado y se eleva sobre la mitad sur de una enorme terraza de 18 metros de altura, 228 de largo y 136 de ancho, a la que se ascendía por una escalera monumental que completaba la grandiosidad del conjunto. Otra de las pirámides, que se supone estaba consagrada al culto lunar, fue excavada con gran maestría por Max Uhle, quien descubrió en las capas más altas de su excavación algunos objetos cerámicos procedentes de Tiahuanaco. Ello demuestra la lógica ósmosis existente entre esos dos sectores de la cultura andina, pero resultaría aventurado discutir si las pirámides similares de Tiahuanaco son anteriores o posteriores a las de Moche y Nazca.

Si la pintura mochica es fuerte de color y tal vez caricaturesca en las ánforas, resulta en cambio exquisita en los abundantes murales que ornamentaban algunos de sus edificios religiosos. Los realizaban sobre ladrillo recubierto de barro o estuco y representaban, a menudo, escenas de ultratumba de notable ritmo, gran maestría para conjuntar con perfecto equilibrio abundantes figuras. Hay, en líneas generales, una segura eliminación de elementos superfluos. Una de las más hermosas es la «Danza de los muertos bajo las estrellas».

Fueron además los mochicas grandes ingenieros que construyeron en aquellos días de crecimiento demográfico extensos acueductos y bien estudiados pantanos. En este aspecto fueron sin duda unos buenos maestros de los incas, quienes los superaron, no obstante, en medios, en capacidad técnica y en espíritu previsor.

El momento mochica-nazqueño de la cultura andina perduró hasta fecha incierta, pero relativamente tardía, en Nazca. En Moche fue degollado, en cambio, muy poco antes del año 900. Se ha supuesto que hubo un cambio de religión entre los mochicas y que ello coincidió con una serie de guerras de destrucción, pero todavía se tienen muy pocos elementos para formar un juicio. Tres siglos después los chimúes ocuparon asimismo el Valle del Moche y contribuyeron desde su capital de Chan-Chan a consolidar algunos de los legados de la cultura andina en un momento poco posterior al de Tiahuanaco y poco anterior al de la unificación incaica.

4.—Tiahuanaco, máximo centro religioso del ámbito andino

El cuarto período es el de Tiahuanaco. La vieja ciudad en ruinas se halla a 24 kilómetros del lago Titicaca, en dirección sur y a 3.900 metros de altitud sobre el nivel del mar. El conjunto de los edificios religiosos de Tiahuanaco se extendía sobre una superficie de 1.000 metros de largo por 450 de ancho. El método del Carbono 14 ha probado que el Tiahuanaco clásico, el que creó algunas de las obras arquitectónicas y escultóricas más deslumbrantes de América, inició su evolución hacia el año 600. Su momento de irradiación sobre extensos territorios del ámbito andino, debió alcanzar su intensidad máxima hacia

el año 1000 y perdurar hasta los inicios de la expansión chimú, cuando hacía ya al menos un siglo que la ciudad originaria había sido arrasada por unos invasores desconocidos.

No parece probable que Tiahuanaco haya sido capital de un poderoso Estado, sino tan sólo ese grande e indiscutido centro religioso cuyo influjo espiritual y cuya calidad estética suscitaron escuela en las regiones circundantes entre el año 1000 y el 1300 de nuestra era. Antes, hacia 1200, llegó la destrucción repentina, en guerra, posiblemente, con algún pueblo vecino y escasamente civilizado. Cuando los incas entraron en la vieja capital religiosa ya todo estaba en el estado de deterioro que continuó durante siglos hasta que los arqueólogos actuales comenzaron su salvamento. Su fin se pareció al de la mesoamericana Teotihuacán, pero los incas resucitaron tras haber ocupado sus ruinas una gran parte de lo que había sido su espíritu y le prestaron un fugaz esplendor póstumo.

La arquitectura de Tiahuanaco se halla en mal estado, pero la «Puerta del Sol» ha sido alzada de nuevo. Se han excavado además varios edificios de notoria importancia. Entre los recuperados figuran bastantes pirámides, pero su estudio se halla en sus inicios. Suelen estar recubiertas por montículos de tierra, fruto del paso de los siglos, y se distribuyen sobre toda el área de la antigua ciudad religiosa. Entre las obras mejor conocidas se encuentra la Acapana, que es una especie de fortaleza para cuya erección se aprovechó una minúscula colina de tan sólo 15 metros de alto. A su lado se halla la famosa Calassaya. Es una extensa construcción que mide 135 metros de largo por 130 de alto, pero lo que más asombra en ella es el conjunto de grandes monolitos que la circundan y que suelen compararse muy a menudo con los menhires prehistóricos. Para explicar su distribución se han buscado algunas interpretaciones esotéricas y otras varias, más astrológicas que astronómicas, que no han sido probadas. En el centro del conjunto hay un patio de 64 metros de largo por 60 de ancho, al que se sube por una escalera de tan sólo seis escalones.

Fue al pie de esta Calassaya en donde fue descubierta la famosa «Puerta del Sol», símbolo de Tiahuanaco en la actualidad y uno de los monumentos más hermosos e impresionantes de toda América. A pesar de su respetable tamaño, se utilizó para realizarla un solo bloque de andésita. Sobre la apertura baja y estrecha, hay un amplio panel en cuyo centro aparece la antes recordada escultura de un dios sentado sobre el trono escalonado que a tanta literatura esotérica ha dado ocasión. Algunos de los comentaristas de esta obra, llena de símbolos religiosos, han supuesto que se trataba de Viracocha, pero parecen hallarse más en lo cierto quienes suponen que es el dios Sol. Su rostro hierático y un tanto congelado despiden un haz de rayos que se abren hacia todas las direcciones y terminan en cabezas de animales. Hay además en la puerta tres magníficos frisos. Dos de ellos representan cabezas humanas de ojos inmensos y quietos. El que se halla entre ambos se compone de dos procesiones de humanoides híbridos, con cabeza de ave de presa, que se dirigen sin exageración del movimiento hacia el trono del dios. Se ha supuesto que la «Puerta del Sol» es un calendario y que los relieves pueden referirse a una interpretación mítica de algunos fenómenos cósmicos, pero no cabe inducir de ello —caso de que así sea— que la simbolización de esos reales o supuestos acontecimientos constituya una sabiduría esotérica o un camino de salvación. Los dioses salvíficos actúan de otra manera y no sólo prometen la inmortalidad, sino que predicán una moral susceptible de

llevar la paz a la psique de los creyentes. Puede haber, es cierto, una simbología mágica, pero en ese posible aspecto no constituiría un caso único, sino uno más y no demasiado antiguo. Como obra de arte es, en cambio, de una sobriedad, un rigor y una majestad de los que existen en el mundo pocos equivalentes y parece haber sido hecha a imagen y semejanza de un pueblo posiblemente enjuto, hermético y con vida interior, tal como los dioses que dicho pueblo ha creado nos autorizan, tal vez, a inferir.

La escultura en piedra tiene una viril maestría en la labra y una solemnidad austera y de altísima calidad en su acabado sin florituras y sin un solo efectismo. Algunas de las piezas más eminentes parecen prismas o cilindros aplomados de piedra en los que las formas del cuerpo se inscriben sin romper el ritmo general. Es habitual que carezcan de cuello y que los brazos, adosados al cuerpo, formen espacialmente parte del mismo con su pequeño relieve geometrizado. Semejante manera compacta de organizar el cuerpo humano hace pensar en las imágenes de tamaño medio de La Venta, con las que coinciden en dignidad y en el austero respeto con el que fueron tratadas por sus desconocidos autores. A mí me inspiran la sensación de ser unos dioses meditativos, que sufrían con una pasión metafísica de conocimiento de lo inaprehensible. No sé describir de otra manera su gesto y su expresión entre hierática, anhelante y reconcentrada. Son una de las máximas cimas de la escultura de ambas Américas y poseen un empaque ritual y una sobriedad que sobrecogen e inducen al recogimiento y a la búsqueda de lo absoluto. Las estatuas de la Isla de Pascua se les parecen en la grandiosidad, pero no tienen con ellas ninguna relación estilística. Tiahuanaco era excelso y solemne y los enigmas que nos plantea siguen siendo tan acuciantes hoy como en el momento en que fue destruido tras su deslumbrante esplendor religioso y artístico.

5.—Reino de Chimú

El quinto período es el del Reino de Chimú y se caracteriza por la fundación de gran número de ciudades, no tan sólo en el antiguo Valle de Moche que los chimúes ocuparon, sino también en otros muchos lugares de todo el ámbito andino. Ello hace más verosímil la teoría de un terriblemente alto crecimiento demográfico que obligó a tomar medidas de emergencia para evitar que la población pasase hambre y que pudo ser, por tanto, una de las causas del nacimiento del posterior Estado socialista-teocrático de los incas. Los chimúes se adelantaron en algunos atisbos a esa futura organización de la sociedad e intentaron racionalizar la producción. Ello produjo un renacimiento industrial, pero no espontáneo, de los estilos locales. La cerámica bajó en este nuevo empeño, en calidad, pero la orfebrería, los textiles y los trabajos hechos con plumas de pájaros mantuvieron su altura técnica. La vida del reino del Gran Chimú fue breve. Se inició hacia 1200, antes de la erección de Chan-Chan, y terminó con la conquista incaica en 1450. Se ha supuesto que su arte y algunas de sus costumbres tenían influencias mesoamericanas. Aunque adoraban al sol y la luna, es curioso el mito en el que la creación del hombre se la atribuían a cuatro estrellas. Su sentimiento religioso debió ser muy vivo. En Chan-Chan se descubrieron numerosas pirámides, pero en este caso cabe aceptar la influencia de las de Tia-